

# TEATRO NACIONAL DE CÁMARA Y ENSAYO

el público la congoja de las más severas procesiones. Frente a ellos, Trini España, Matilde Coral, Amapola, Rafael el Negro, Pepe Luna, El Moro, Chaleco, Cortes, Paco Izquierdo, daban la versión exuberante, desencadenada y abierta del flamenco. La soprano Francina Gironés, intérprete de varias canciones de García Lorca; Emma Maleras —para quien las castañuelas no tienen secreto— y el actor Gerardo Malla, que dijo los versos de García Lorca con apasionada sequedad, fueron otros triunfadores, cuyos nombres es forzoso repetir. De toda la compañía —a cuyo éxito contribuyó José María Espada con su inteligente iluminación— ha hablado extensamente la crítica romana, dedicándole elogios que rara vez se dan en nuestro medio.

Gran animador de esta temporada ha sido José Monleón, a quien debemos también un recital de canciones y poemas —que él presentó—, al que acudió un público, en su mayor parte joven, que abarrotó el Teatro Eliseo. Poemas de García Lorca, de Antonio Machado, de Miguel Hernández y de Blas de Otero, dichos con sinceridad y emoción por Gerardo Malla, aparecieron unidos en una misma pasión por

el tema de España. Francina Gironés, acompañada por el guitarrista Rafael Rico y por el pianista Venturi, interpretó una serie de canciones populares españolas de enorme belleza. Los aplausos fueron cálidos, interminables.

Durante estos quince días, una serie de figuras significativas de la vida cultural italiana han ido al Eliseo. Casi todas ellas se han sentido obligadas a subir luego a los camerinos y felicitar a todos los intérpretes y al realizador del espectáculo. Allí hemos visto a Gassman, a Rosi, a Morevia, a Giulietta Massina, a Rafael Alberti, a Arnaldo Foà (el recitador italiano de Lorca), a Zurlini...

«Lorca y el flamenco», de José Monleón, por la Compañía de José de la Vega, ha motivado un cálido encuentro entre el público romano y un grupo de profesionales españoles preparados y con ganas de hacer cosas. La noche del estreno, contra la frialdad habitual de las «premières» romanas, fue cerrada con aplausos insistentes que obligaron a saludar repetidamente a toda la compañía, a José María Espada, excelente ambientador escénico, y a José Monleón.

CESARE PECCI



Laura Salinas y José de la Vega en un momento de las soleares. «Vestida con mantos negros —piensa que el mundo es chiquito— y el corazón es inmenso», decía García Lorca en su «Soleá». Es la versión presentada por José de la Vega, bailar y coreógrafo, una interpretación violenta, sincerísima, sin respiro...

**N**O voy a repetir los juicios, todos adversos, todos concluyentes, formulados en Madrid acerca de "Tarta de manzana". En este aspecto, la cosa está clara.

Si en cambio quiero detenerme en la nueva salida del Teatro Nacional de Cámara y Ensayo y en lo que el simple título, dentro del contexto teatral español, apareja. La mala de estos temas —en España y desde siempre— es que nos ponen en el disparadero de pasar por aguafiestas o por predicadores ingenuos. O uno se pone a decir que todo es un desastre —y tiene razones para decirlo— o uno se pone a aconsejar, como si aconsejar sirviera de algo, y aún como si a uno le hubieran aceptado el papel de consejero. Total: ingenuidad.

Pero es el caso que si vivimos aquí y andamos en el teatro, no hay más remedio que afrontar temas como éste. Porque, en definitiva, son como las goteras o las corrientes de aire de nuestra casa, que uno las nota en el cogote aunque no quiera. El Teatro Nacional de Cámara y Ensayo es una necesidad, algo por lo que todos clamáramos si no existiese. Y, puesto que existe, no hay otro remedio que urgirle el cumplimiento de sus funciones, siquiera al filo de sus fallidos actos de presencia.

¿O es que no puede cumplir sus funciones? Mejor que renuncie entonces a su título y se nos quede en un grupo al servicio de un determinado teatro escrito por los noveles.

Pienso que el primer paso —aun sabidas sus limitaciones generales— sería la formación de un equipo amplio de colaboradores. Si el teatro español ha llegado a un momento difícil, desconectado de una serie de líneas esenciales, de objetivos e inquietudes fundamentales de otras dramaturgias, la cosa no se debe sólo a la ausencia de tal o cual título o de tal o cual autor en nuestras carteleras comerciales. Estos autores quizá lleguen, sin que con ello nuestra situación se resuelva. Será un paso, pero nada más. El proceso ha de comenzar en una "liberalización" de todas las frustraciones, en una experimentación pública, cultivada, de todas las corrientes que aquí se nos quedan soterradas, mal digeridas y minoritarias. El gran Teatro Nacional de Cámara y Ensayo será aquel que abra las puertas a todo el teatro que vive en "el Mundo del Silencio" y que quizá tiene en sus manos —patologizadas a palmatazos— el difícil y oscuro secreto de la continuidad.

Y claro es que no me refiero sólo a autores. Hablo de directores, de actores, de rebeldes. Hablo de todos los que, sinceramente —y no por "oposicionismo" sistemático—, sienten que nuestro teatro vive, salvo alguna excepción, estancado y aldeano. Hablo del rubor ante las conchas de apuntador, ante los decorados de amanerado naturalismo, ante las direcciones rutinarias, ante los actores que memorizan como en unas oposiciones, ante los autores que no soportan las críticas, y ante los críticos que no soportan los autores... Hablo de ese mal morir de nuestro teatro cotidiano, frente al que un verdadero Teatro Nacional de Cámara y Ensayo debiera sonar como un grito de inconformismo. ¿No es posible? Pues que se calle. ¿O se podría hacer algo más?

JOSE MONLEON